

Prólogo¹

*Mirar el río hecho de tiempo y agua
y recordar que el tiempo es otro río,
saber que nos perdemos como el río
y que los rostros pasan como el agua.*

(“Arte poética” Jorge Luis Borges)

Las preguntas por el poema, sus posibilidades, su configuración, las formas del lenguaje son interrogantes constantes. ¿Para qué un poema? ¿Qué agregará a nuestra vida cotidiana, a los pesares y alegrías que la conforman? La lectura de este libro traza una hipótesis, la poesía para enfrentar la angustia del tiempo y de la muerte; se trata de un conjunto de poemas breves que ponen en evidencia la mirada de un sujeto sorprendido frente a la corrosión del tiempo y la certeza de los límites infranqueables.

La imagen del agua que recorre las páginas de *Entre límites y opciones* de Ángel González nos devuelve a Heráclito, recupera la idea del cambio incesante, el devenir del mundo y de las cosas. Ese movimiento, que va de lo visible a lo invisible rodea los objetos cotidianos, las calles, las amistades y emerge así la presencia inapelable del tiempo. El propio cuerpo se transforma en una página donde el tiempo escribe:

Años idos,
entrelazan
sus huellas en mi cuerpo;
ya el tiempo
desde el fondo de las horas,
impiadoso,
me viene consumiendo.

¹ Prólogo al poemario *Entre límites y opciones*. Salta: Ediciones del Trópico. 2014

Aparece también aquí la figura del tiempo que roe, consume, destruye; el sujeto entonces queda desamparado:

en mis ojos
y en los techos,
se acunan los años
con cobijas de óxido
que presiento
invadiéndome por dentro.

El cuerpo es el campo de batalla donde el tiempo asesta sus golpes, sin embargo el sujeto no está solo, recurre a la amistad, los afectos, la fe, que son precarios lazos fluctuantes que atenúan el devenir. La figura humana que queda trazada en el poemario es efímera pero potente, es angustiosa pero no desesperada y, como a Quevedo, todas las cosas le avisan de la muerte. El tránsito humano por la vida es constantemente interrogado, interpelado desde distintos flancos, así en “Somos” dice:

Una idea
porfiada en lo que sea,
un sentimiento
fluyendo desde adentro,
una sonrisa
dispuesta a la conquista,
una gimnasia
con muchas acrobacias
y un pensamiento
buscando el infinito.

El cuerpo, la mente y la sed de infinito trazan el perfil de lo humano. Versos apretados, precisos, ponen en el poema las preocupaciones que persiguen a hombres y mujeres de todas las épocas. Y es aquí donde podemos ensayar una respuesta a nuestras preguntas iniciales, el poema se impone como camino de reflexión, como modo de enfrentar lo que la banalidad de la época niega, como alternativa para no olvidar este interrogante por la finitud que nos habita.

Sus libros anteriores *Piel adentro*, *Miradas* y *Desplegando alas* fueron construyéndose en similar estrategia de exploración, una percepción del sujeto que contempla y re-visa la propia vida, el mundo inmediato, el pasado, y los intersticios de luz y sombra que los componen. En este nuevo poemario la mirada percibe la silueta de la muerte inundando todos los espacios anteriores, a veces a través de recuerdos, otras como inminencia, e incluso como conciencia de todo lo perdido.

La poesía que se escribe en el noroeste argentino es un derrotero amplio y variado, donde los temas permanentes de la literatura vuelven una y otra vez, pero puestos en cuestión en relación con las vidas individuales, los modos de relacionarse con los demás, las creencias, las perspectivas particulares de la religión. En este sentido la producción de Ángel González se impuso siempre como el grito humano, la estética de la búsqueda es el río que fluye en sus textos, para preguntarse y movilizar en los lectores una mirada que vaya “un poco más allá /de donde la vida, / sin sutilezas, /nos propone y convida / un horizonte / de aventuras y carencias, (...)”.

En este sentido, y trazando un sistema más amplio de relaciones, es posible afirmar que esta poesía nominal, austera, puede inscribirse en una línea semejante a la que cultivan Rosa Machado, Alejandro Carreras o Susana Aguiar, quienes también construyen una obra profundamente meditativa, donde existe además la plena conciencia de que a cada instante, nos perdemos como el río y los rostros –propios y ajenos- pasan como el agua.

Raquel Guzmán